

GENEALOGÍA FEMENINA

BEGOÑA GONZÁLEZ RODRÍGUEZ*

NUESTRA HERENCIA NOS FUE LEGADA SIN TESTAMENTO ALGUNO. Con esta cita comienza un texto de la filósofa alemana Hannah Arendt que lleva por título *La brecha entre el pasado y el futuro* y que se ha publicado, con otros textos de la misma pensadora, en el libro *De la Historia a la Acción*, de la editorial Paidós, colección Pensamiento contemporáneo.

Cuando escuché por primera vez estas palabras, me llamaron la atención y tuve una primera impresión que me llevó a considerar que me parecía una frase llamativa. Todavía ahora, cuando la leo, lo sigo pensando, pero he reflexionado más sobre ella, y en este momento le añado algo más: además de llamativa la considero una frase afortunada; al darle vueltas también pensé que, realmente, era una frase extremadamente condensada y concreta. *Nuestra herencia nos fue legada sin testamento alguno...* era más que una frase, es lo que se llama un aforismo. Según me documenté, lo que caracteriza el aforismo es que no es explicativo, que, más que decir algo, dictamina, sentencia, se hace doctrina. El aforismo lo escribió el escritor francés René Char, intelectual que formó parte de la resistencia francesa.

Hannah Arendt, nuestra admirada filósofa, estimaba altamente al autor y poeta y manifestaba ser una gran interesada por sus escritos. La pensadora alemana llega a decir sobre este aforismo: *...este quizá es el más raro de los aforismos extrañamente lacónicos en los que René Char, poeta y escritor francés¹, condensó lo esencial de lo que cuatro años en la Resistencia había llegado a significar para toda una generación de hombres de letras europeos.*

Ahora que sabemos de qué punto partimos, creo que es hora de preguntarse, ¿a qué viene esta sentencia para hablar de genealogía? La respuesta me gustaría construirla a partir de una segunda consideración ya expuesta: aquella que hacía afortunada la frase.

¿A qué se debe tal fortuna? En principio, creo que se dan en ella unas características que las percibo tocadas por la suerte. 1°. Escrita en forma de aforismo, se transmitirá fácilmente. 2°. Compuesta de forma agradable, entrará sin ningún obstáculo. 3°. Está significada por una prestigiada filósofa; 4°. Conserva, para el oído, la musicalidad de la creación poética. 5°. Pensada por un poeta resistente, su urdimbre debe estar conformada por las libertades, las injusticias, las exclusiones como supuesto.

* Del Gabinete de Dirección del Instituto de la Mujer.

1. Estos aforismos fueron editados y publicados en Francia por Albert Camus. Están traducidos al catalán.

Por todo ello me parece que esta fórmula puede tener entrada en el universo femenino y, de hecho, la ha tenido, en mi caso, la he visto nombrada últimamente en dos contextos feministas: primero, en un curso sobre Hannah Arendt, impartido por la filósofa catalana Fina Birulés, traductora y estudiosa del pensamiento de la pensadora; después, publicada en el último número del año 99, en la revista chilena Fempress, en un número dedicado a los feminismos de fin de siglo.

Nada más ver la revista, me llamó la atención un rótulo, en portada, cuyo texto decía: *Una herencia sin testamento*. Buscando el artículo al que correspondía comprobé que se disponía en el primer lugar del índice, constaba de un artículo firmado por Françoise Collin, fundadora de la primera revista feminista en lengua francesa “Les cahiers du Grif”.

El artículo, aunque para mí tenía mucho interés, no desarrollaba en su integridad la leyenda contenida en su título, solamente había un párrafo ligero en el que se comentaba el aforismo, que ya conocemos, de René Char. La autora del artículo hacía una curiosa interpretación del significado, el cual transmito literalmente: *Las feministas de los comienzos transmiten a las mujeres de hoy día una herencia importante, pero “una herencia sin testamento”, según palabras de René Char, en el sentido que tal herencia exige una iniciativa nueva de parte de aquellas que la reciben.*

¿Qué quiere decir?

El párrafo en cuestión ha debido ser considerado suficientemente importante para que, además de presentarlo en portada, haya sido utilizado como entresacado en páginas interiores.

Con esto verifico que el aforismo es atractivo, y puesta en ello, invito a tomarlo como punto de partida para iniciar un debate que nos mueva reflexionar sobre el legado que hemos de hacer o que hemos recibido de otras mujeres. Retomemos la interpretación de si hemos recibido una herencia, o quizá no, si ella ha sido acompañada de testamento o si no lo ha sido. Comprobar si lo recibido es la herencia de alguna, pocas o muchas mujeres, si vivían cerca, si compartían la misma cultura, si vivieron el mismo tiempo. Las herencias feministas son distintas a otras herencias porque la cuota de fuerte compromiso vital que ponemos en esa empresa les confiere un carácter determinado, difícil de alcanzar en otros espacios. Por todo ello sería interesante considerar antecesoras quiénes son las ascendientes, si son directas o indirectas. Vamos a pensar en el ámbito de la genealogía femenina. Mi propuesta, para colaborar en la reflexión sería tener en cuenta varios aspectos de la cuestión:

Podemos empezar intentando interpretar las palabras de Françoise Collin en el artículo comentado, y debatir si el no tener testamento exige de las mujeres, o sea de las herederas, iniciar de nuevo acciones que ya se han realizado anteriormente. Dicho de otra manera, si el no tener testamento implica volver a empezar, explicar, iniciar de nuevo lo que hicieron nuestras predecesoras, retomando un nuevo tejido de Penélope o, por el contrario,

si aquellas acciones, por el hecho de haber sido realizadas, han servido para una transformación independientemente de que se hayan hecho sin testamento.

Si estamos de acuerdo en que esto es así, es decir, el considerar que el trabajo realizado con las mujeres, a la larga, se haga lo que se haga, siempre tiene un resultado favorable, entonces a esto le seguiría el saber si este resultado fuese más eficaz y favorable si estuviese amplificado, si nos hubiéramos esforzado en escribir la crónica, en dejar escrito lo realizado, formulando una declaración de algún tipo. A muchas mujeres nos da cierta pereza escribir sobre las cosas que nos pasan, estamos acostumbradas a no darle importancia. Tendremos que pensar seriamente el interés de motivar a que las relaciones entre mujeres, transmisora de saberes, cotidiana, gestual, oral, se haga pública, se recoja en texto, además de facilitarnos la comprensión, es una forma de darle valor a lo hecho.

Otro aspecto de la reflexión sobre la genealogía femenina, sería ver en qué casos, en qué lugar, cuándo se da. Si realmente nos consideramos herederas de las obras de las mujeres, sería bueno saber cómo se articula una herencia tan dispar. A qué universo simbólico se adscribe. Cuál es la que más nos conviene. Después tendríamos que ver cómo nos reconocemos en ella, en lo que han hecho o dicho otras mujeres, a qué nos lleva y qué implica este reconocimiento.

Estas cuestiones pretenden conducir la reflexión hacia dos direcciones, por un lado la de conocer si las mujeres nos sentimos parte de una genealogía femenina y, por otro, la de pensar si se considera ineludible el comunicar lo que hacemos cada una o entre todas, donar al mundo el hacer y el saber de las mujeres. Para ello nos apoyamos de nuevo en la palabra de Hannah Arendt, en esa inmensa obra que lleva por título *La condición humana*.

La cita la feminista americana Adrienne Rich, al hilo de considerar la necesidad de escribir las prácticas de las mujeres. La cita concreta a la pensadora alemana está en el libro, titulado *Sobre mentiras, secretos y silencios*, y hace referencia y reflexiona sobre el paso de las personas por la vida, en la entrada y la salida del mundo, afirmando en palabras de Hanna Arendt: *Éste mundo común trasciende la vida de cada persona...*, un poco más adelante y en el mismo texto añadirá: *...tal mundo común sólo puede sobrevivir el ir y venir de las generaciones en tanto se haga público*.

Dejamos aquí estas palabras cargadas de contenido para el tema que nos ocupa y volvemos de nuevo a Adrienne Rich, pero ahora para seguir la otra dirección del debate, la que conducirá más directamente a pensar en la **genealogía** femenina. En este caso remitimos a un ensayo que forma parte del contenido de la publicación titulada, *Nacemos de mujer*, un artículo, escrito, como siempre, con gran sabiduría, en el que la autora hace referencia a las experiencias que ha sentido desde y en su propio cuerpo y que titula *La condición de madre y la de hija*. Interpreto que este texto, de tan amplio significado, no sólo se refiere a su cuerpo, sino que se extiende hacia el cuerpo de tantas mujeres condicionadas por la mirada masculina, y así lo comunica con estas palabras: *Padecí*

ese oscuro odio por mi propio cuerpo, peculiar en las mujeres que se ven a través de ojos masculinos... Estas palabras nos dejan una amarga sensación de desarraigo que la filósofa y poeta norteamericana, como gran maestra, lo resuelve a través de su ser más cercano, mirando y hablando de su madre y reconociéndose en ella, *...no puedo evitar sentir que acabé amando mi propio cuerpo por haber amado antes el de ella, fue un legado profundamente matrilineal.*

Adrienne Rich está hablando directa y claramente de genealogía femenina, y continúa: *...Las madres y las hijas siempre han intercambiado –además del saber transmitido oralmente de la supervivencia femenina– un conocimiento subliminal, subversivo anterior al lenguaje: el conocimiento que flota entre dos cuerpos iguales.*

Al volver hacia mí este recuerdo luminoso que proyecta la feminista americana, cuando habla del reconocimiento del cuerpo de la madre, quisiera reflexionar sobre la manera en que me puedo considerar parte de una genealogía de mujeres.

Me siento receptora privilegiada de la herencia de otras muchas mujeres y no sólo de las mujeres feministas. Puedo reconocer que las compañeras feministas, además de legarme su pensamiento y su duro esfuerzo por transformar la vida de las mujeres, me allanaron el camino que ya hoy puedo considerar transitado. Pero en este trabajo también estuvieron y colaboraron otras mujeres que, sin colocarse en una actitud de consciencia feminista, nos enseñaron y nos donaron su saber y ello ha resultado tan necesario que ha sido imposible olvidarlo, aunque en muchas ocasiones se haya forzado a llegar a milímetros de estar fuera de la memoria.

Aun considerando que el legado ha sido bien recibido, me parece necesario darle nombre, identificarlo y darlo a conocer. Hay muchas cosas, realizadas por mujeres, que han circulado sin testamento, pero de las que he aprendido tanto conocimiento, que casi no puedo enumerarlo. Una de las cosas aprendidas más importante para mí, y considero que es un legado de las mujeres, es el reconocer que la realidad no es una sino múltiple. Con las mujeres aprendí a fijarme en lo que pasa y en lo que no-pasa cada día, en el transcurrir del tiempo, en el discurrir de lo cotidiano, en la importancia de los silencios.

También por otra vía de conocimiento, la lectura de obras de mujeres, he aprendido cómo han vivido, su vida, su biografía. Conocer la vida de estas mujeres, escritas por ellas mismas o por otras, ha cambiado mi percepción de la realidad, me ha enriquecido extraordinariamente, más que ninguna otra lectura; este bien ha sido posible porque he podido acceder a la palabra escrita que ha llegado hasta mí desde una realidad diferente a la mía.

En este sentido, me gustaría considerar el texto titulado *Decir el nacimiento*, de Adriana Cavarero, recogido en el libro *Traer el mundo al mundo*. Son, otra vez, palabras de Hanna Arendt: *... para el mundo y en el mundo sólo tiene estabilidad lo que se puede comunicar. Lo que no se comunica o no se puede comunicar, lo que no se le ha contado a nadie ni ha llamado la atención de nadie, lo que no ha penetrado por ninguna vía*

de la conciencia de los tiempos y se hunde sin significado en el oscuro caos del olvido, está condenado a la repetición; se repite porque, aunque haya sucedido realmente, no ha hallado en la realidad un lugar en que detenerse. He recibido de otras mujeres el saber detenerme en la escucha atenta de la vida, a reconocer el crecimiento, el abrirse y cerrarse de los momentos, a reconocer también las elecciones profundas y las superficiales.

Sobre ello he tenido en cuenta lo que hace unos años me indicó, Anna María Piussi en la introducción de su libro *Saber que se sabe: ...la necesidad de conocerme a mí misma, a partir de la propia experiencia, para poder modificar la realidad de manera profunda y no sólo en sus aspectos superficiales.*

He aprendido a reconocer lo diferente; a saber que la conciencia es múltiple. He sabido de ellas, de las mujeres que me precedieron, el poder diferenciar lo que es importante de lo que no lo es, o de lo que es menos importante. He aprendido a subvertir, a romper divisiones jerárquicas, a señalar como deseables otro tipo de relaciones alejadas de las conocidas relaciones establecidas desde la lógica del poder.

Por las pensadoras, por las escritoras, por otras mujeres, he aprendido a transmitir las emociones y, sobre todo, a poder conocer cómo la expresión de los sentimientos conforma una manera de estar en el mundo: cómo lo hacen los hombres, cómo las mujeres. Me gusta reconocerme en un orden femenino. ...*Hacer significativo el mundo simbólico significa que el azar fortuito de haber nacido mujeres se convierta en necesidad conocida y aceptada*, dice Wanda Tommasi en el libro *Traer el mundo al mundo*.

Tendremos que aprender a re-simbolizar, es una tarea difícil, pero la filósofa francesa Simone Weil, nos proporciona algunas instrucciones: *un movimiento dúplice: la reducción al grado cero del saber ya dado, gracias al cual se representa el mundo del otro, al que no cesamos de dar asistencia mientras no lo reconozcamos como cuerpo extraño y, por otro, la inscripción en el tejido simbólico del propio cuerpo, a través del cual se expresa, sin tener todavía palabras, nuestra relación con el mundo*².

También es Simone Weil quien nos dice que hay que reconocerse en el tejido simbólico del propio cuerpo. Las mujeres nos vamos reconociendo cada vez más. No es difícil encontrar ejemplos de todos los órdenes y en todos los ámbitos: en la vida, en el arte, en la literatura. Leí hace poco una entrevista realizada a una crítica literaria, Laura Freixas, publicada en el País, en enero del 98. Ella habla de las características de la literatura de mujeres, indicando que las mujeres han enriquecido la literatura con una gama de personajes más rica y más extensa. Dice también que hay cosas de las que los hombres no han escrito nunca y sí lo han hecho las mujeres.

Las mujeres vehiculamos pensamientos y sentimientos mediante las palabras y es necesario que así sea, necesitamos contar lo que nos pasa, dar la palabra, pedirla, agrandarla,

2. En el mismo libro de Wanda Tommasi, *Traer el mundo al mundo*, en otro texto titulado: *Darle cuerpo al pensamiento*.

reducirla, nombrarla, retomarla; palabras de mujeres, sucesos cotidianos o extraordinarios, puestos ahí, donde todo el mundo pueda oírla, mirarla o pronunciarla, en las que se reconozca un espacio de mujeres, el espacio relacional que todas aprendimos en y desde nuestra infancia.

Encontrar o hacer el orden simbólico femenino requiere, por nuestra parte, recolocar la experiencia y la vida de las mujeres en lugar relevante, radicalmente distinto al del orden dado. Algo que me llamó la atención, en una película titulada, que vi recientemente en Sevilla, titulada SWUAN, de la realizadora británica Anna Bennson.

En el guión, a una de las protagonistas, la escritora Sarah, que se proponía escribir acerca de una poeta local, Mary Swan, le hacían una entrevista para la televisión sobre el libro que iba a escribir; la pregunta del entrevistador era,

—¿Usted cree que Mary Swan era una mujer marginada?

A lo que la escritora contestó: Depende de donde ponga usted el centro³.

3. Producción anglocanadiense de la realizadora Anna Benson Gyles, obra adaptada de la novela del mismo título de Carol Shields, autora que ganó el Premio Pulitzer, 1995.